

Guy Jimenes

El que cruza

pièce en un acte
traduite du français à l'espagnol par
Anne Guillot

El que cruza est la traduction
de la nouvelle édition de
Celui qui traverse
(éditions Barbedogre 2025).

Ce livre électronique est distribué
sous licence Creative Commons.

Pour information, consulter les pages suivantes :
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr
guyjimenet.net/livreselectroniques

© Anne Guillot
Les Râpées
45320 Courtenay-France
anne.guillot3@orange.fr
2025
Tous droits réservés

Información

El que cruza fue creada el 23 de noviembre de 2006 por la compañía *les fous de bassan* ! en el Théâtre du Puits Manu en Beaugency, con el apoyo de la municipalidad de Beaugency, del Consejo General de Loiret, del Consejo Regional de la Région Centre y de la Red de bibliotecas de la municipalidad de Orléans.

Este espectáculo, rodado en las regiones Centre y Île-de-France, se presentó en el Festival off de Aviñón.

Reparto :

Chakir Rougui (*Lor*)

Lara Al Jammal o Pascal Fournier (*T'a*)

Pascal Ducourtieux (*música, sonidos*)

Anas Cherkaoui (*músico*)

Conjunto Coup de Coeur

Dirigido por Nathalie Bouré (*Canto*)

Yvan Raduszenska (*escenografía, vestuario*)

Emmanuel Delaire (*control, luces*)

Dominique Émard y François Chadebec (*cartel*)

Maude Brunet y Magali Berruet

(*encargadas de difusión*)

Michèle Tortolero (*asistente de producción*)

Escenificación de Christian Sterne

Un país indeterminado. Una biblioteca pública. Se podrá oír hasta el final el rumor de la calle.

Lor, aproximadamente 17 años. T'a, aproximadamente 20 años.

Lor está solo dentro de la biblioteca. Está febril. A lo largo de la obra, se sentirá que le falta el tiempo, que su encuentro con T'a presenta un carácter excepcional, que constituye una oportunidad única de decirle todo - ¿ pero se puede realmente decirlo todo ?

Juego libre al esperar a T'a : con los libros, con el turbante (real o fingido), con el collar de perlas de piedra, juego en la actitud del contador que Lor se propone ser para T'a. Fragmentos del cuento, relativos al padre, a la madre, al perro.

Está más bien concentrado, esmerado, pero rebosa alegría en el placer anticipado del encuentro. No se toma mucho en serio, sabe sonreír, reír de sí mismo.

Mete el collar en su bolsillo al oír ruido e, instintivamente, coge un diccionario.

Entra T'a.

LOR. - « ¡ Cuidado con las cabezas que no tengan hueso !... ¡ Cuidado con las cabezas que no tengan hueso ! »

Le tira el diccionario a T'a. Ella lo recupera in extremis. Coge otro diccionario que amenaza con tirar al aire.

T'A. – Como vuelvas a hacer eso te juro que me largo ahora mismo.

LOR. – Pero si no pasa nada, si no es más que papel con tinta... « ¡ Cuidado con las cabezas que no tengan hueso ! »... En el pueblo, jugábamos a este juego con piedras. Tú no eras la última en tirarlas al aire... Un día, tiraste una encima de aquel Francés que acudía cada año en primavera, ¿ te acuerdas ?

T'A. – Por supuesto que me acuerdo. El caminante del desierto. Hasta me había enamorado un poco de él...

LOR. –... Entonces lo derribaste... Lógico.

T'A. – No lo derribé. Él había insistido en jugar. Nosotros estábamos acostumbrados, ágiles, y rápidos para evitar las piedras, mientras que él...

LOR. – Le dio una piedra gruesa como para derrotar un jabalí, porque se había enredado los pies en el turbante.

T'A. – Su turbante... Tienes razón : se anudaba el turbante alrededor de la cabeza, pero ni sabía cómo sujetarlo...

LOR. – Creo que nunca te vi correr tan rápido como aquel día... Cuando me pongo a pensar que hoy te da por ser doctora mientras que dejaste plantado a aquel Francés herido...

T'A. – Estás exagerando. Sólo se quedó con un chichón. Y para que lo sepas, me había asegurado de que no estaba en tan mal estado... De lo avergonzada que estaba... He, ¿ cómo sabes que quiero « ser doctora » ?

LOR. – Ya lo comentabas en el pueblo. Y tengo a mi informador...

Un tiempo.

T'A. – Lor, ¿ por qué esta cita aquí ?

LOR. – Tuve ganas de volver a verte, de hablar contigo.

T'A. – Pero ¿ por qué aquí ? ¿ Trabajas en esta biblioteca ?

LOR. – Por suerte, no. ¿ Y por qué no vigilante de cementerio, ya que estamos ? Escucha este silencio. Aquí las palabras están muertas.

T'A. – Abre un libro, y recobrarán vida.

LOR. – No sé leer.

T'A. – ¡ Mentiroso !

LOR. – Prefiero hablar, las palabras vivas, no ahogadas en sus ataúdes de papel... ¿ Estás segura de que no te siguió nadie ?

T'A. – Según dice tu amigo Amel, está todo bien. ¿ A qué estáis jugando los dos ?

LOR. – Él, no sé. Pero yo no juego.

T'A. – ¡ Cuánto has adelgazado !

LOR. – « Adelgazado » no puede ser : era un niño la última vez que me viste.

T'A. – Es cierto. Te has vuelto guapísimo. Te preferiría con algunos kilitos más... ¿ Estás seguro de que comes lo suficiente ?

LOR. – No te preocupes por eso, T'a.

T'A. – « T'a »... Hace mucho que no me habías llamado así.

LOR. – Hace mucho que no te había llamado...

Se abrazan apretadamente.

T'A. – Y ahora, explícame, cuéntame ya en qué lío te has metido, por mucha vergüenza que te dé reconocerlo...

LOR. – No es un lío, T'a. Apenas una confusión.

T'A. – ¿ Cuánto debes ?

LOR. – La lista de T'a, la inteligente de la familia... La primera de la clase en el instituto-cuartel. ¡ Uno dos, uno dos, cuádrese !

T'A. – ¿ Cuánto debes ? ¿ A quién ? Y ¿ por qué ? Dímelo.

LOR. – Para ya, T'a. Cuanto más me preguntes así, menos serán las ganas que tendré de responderte... No debo ningún dinero a nadie. Sólo es que...

T'A. – ¿ Que ?

LOR. – Déjalo ya, no pasa nada. Si mañana ya me habré ido.

T'A. – ¿ Cómo que « te habrás ido » ? Me estás tomando el pelo. No vas a *irte* otra vez...

LOR. – Esta vez por elección propia. Sí, ya sé lo que me vas a decir : nadie me obligó tampoco cuando me fui del pueblo... No era tan sencillo... Aquel día me fui sin pensarlo.

T'A. – Y lo sentiste.

LOR. – ¡ No !

T'A. – Eres demasiado orgulloso para reconocerlo.

LOR. – Me encanta cuando haces las preguntas y las respuestas...

T'A. – Si no hubiera pasado por casualidad por aquel mercado al que nunca voy...

LOR. – Si no hubieras comprado uvas al padre de Amel.

T'A. – Eso, ¿ por qué lo dejaste ? Dice que trabajas bien, y que está satisfecho contigo...

LOR. – ¿ Pasarme la vida vendiendo verduras ? No, gracias, tengo otros proyectos.

T'A. – Te fuiste del día a la mañana, sin siquiera decirle el por qué.

LOR. – Lo siento, pero era imposible. Sólo Amel está al tanto.

T'A. – El dinero es algo, se puede devolver. Pero al menos, no has... bueno...

LOR. – ¿ No he qué ? ¿ Golpeado a alguien ? ¿ Matado acaso ? Pues desgraciadamente, esto es. ¡ Has dado en el blanco ! ¡ No se te ocurra mirar detrás de estas estanterías ! He estrangulado al bibliotecario con un balazo entre los ojos.

T'A. – ¡ Qué gracioso !

Lor coge un libro que finge devorar con ganas.

LOR. – ¡ Vaya hambre que tenía !

T'A. – ¡ Qué gracioso, realmente !

LOR. – Mis bromas ya no te dan gracia. Probablemente carezcan de refinamiento. Qué quieres que te diga : yo no fui al instituto. No soy más que un niño pobre de la calle, Señora jueza, yo no quería hacerle daño al bibliotecario. ¡ Vea cuán flaco soy ! O maté porque tenía hambre...

Un tiempo.

T'A. – Estás en apuros muy gordos. Por eso te escondes... Reconócelo de una vez...

LOR. – Voy a explicarte... Pero tú primera : tus estudios...

T'A. – No hay mucho que decir. Saqué una beca. Espero llegar a ser médica de urgencias.

LOR. – ¿ Por la serie en la tele ? ¡ Desfibrilador, rápido ! ¡ Lo estamos perdiendo !

T'A. – ¡ Tonto, no tiene nada que ver ! O quizás, sí, bien pensado. A veces, la veo.

LOR. – ¡ Ya ves !

T'A. – También atiendo en una inmobiliaria. Tengo jornadas bien ocupadas, créeme... Alquilo una vivienda pequeña, cerca del instituto donde estaba interna...

LOR. – El antiguo cuartel... Entonces se acabó el pueblo, ya no vas más...

T'A. – Pues parece que me lo estás reprochando... Tú también haces las preguntas y las respuestas... Pero te equivocas : vuelvo al pueblo, a veces cojo el autocar.

LOR. – ¿ Tienes noticias tuyas ? ¿ Qué tal está ?
¿ Douja ?

T'A. – Está bien.

LOR. – ¿ Me ha... olvidado ?

T'A. – ¡ Estaba segura de que me lo preguntaría ! No, tranquilízate. Ya la conoces, si nada se le escapa de la gente ni de las cosas. No tiene ninguna conciencia del paso del tiempo. A veces le tengo envidia por su preocupación.

LOR. – Entonces no me echa de menos.

T'A. – No cambiaría nada. Douja se pondría loca de alegría al volver a verte. No te haría ningún reproche, ni

siquiera podría pensarlo... Es la persona más feliz que conozco en el mundo. (*Un tiempo.*) ¡ Pero tú te estás pasando ! ¿ Qué es lo que quisieras ? ¿ Que pensáramos en ti y dedicáramos cada instante aguardándote, esperándote ?

LOR. – T’a...

T’A. – Te largaste sin avisar, no diste señal de vida a nadie, y sería preciso que no te olvidáramos...

LOR.- ...

T’A. – Recuerdo los días pasados buscándote en la sierra, convencida de que te había pasado algo malo. Y una mañana, el hijo del carnicero me aseguró que te había visto de pasada en la ciudad, donde estabas rondando con una pandilla...

LOR. – Mentira, rondé, de acuerdo, pero solo. Y pronto encontré trabajillos de un lado para otro...

T’A. – ¿ Dónde dormías ?

LOR. – En casa de los patronos, a veces en la playa.

T’A. – Sabías que yo acudía al instituto. Nunca trataste de entrar en contacto conmigo... Aunque fuera para saber algo de tu madre, a la que hoy llamas Douja con cara dulzona...

LOR. – Siempre la he llamado « Douja ». Mi-padre-su-marido no lo soportaba : « El hijo debe respetar a su madre... » Como si yo no la respetara, mamita mía, al llamarla « Douja », y como si él la respetara, al propinarle palizas... (*Un tiempo.*) Prométeme que no te vas a enfadar... Te vi de pasada una vez, estabas andando con dos o tres amigas tuyas.

T’A. – ¡ No !

LOR. – No pude, T'a... Tenía miedo.

T'A. – ¿ Miedo ?

LOR. – No sé. Aún hoy no sé por qué no pude abordarte aquel día.

T'A. – ¡ Pero si yo nunca te he deseado ningún mal, Lor !

LOR. – Ya lo sé... Luego evité pasearme cerca del instituto... Venga, todo es distinto ahora, T'a.

T'A. – ¿ Distinto ? Estás por irte, una vez más. El hecho de que hayas querido informarme no cambia nada.

LOR. – ¡ Lo cambia todo ! Además, irte también es lo que hiciste tú, con tu instituto, tus estudios. (*Un tiempo.*) Yo me fui porque no tenía otra, me fui sin plantearme preguntas.

T'A. – Y desde entonces, ¿ te las planteaste ?

LOR. – Sin cesar.

T'A. – ¡ Pues vaya resultado !

LOR. – El mejor posible : mi vida me pertenece, soy libre.

T'A. – Pues no pareces tan feliz.

LOR. – ¡ Claro que soy feliz !

T'A. – Tan amable, tan honesto que eras... Mira lo que te has hecho en tres años : ¡ un chorizo !

LOR. – Déjalo ya, que me sé muy bien tu canción : el manso de Lor, el dócil de Lor, incapaz de matar a una mosca. Pero ¿ qué cara pusisteis cuando me largué, a ver ? ¿ Qué cara, dímelo ? ¡ Me hubiera encantado verla !

T'A. – No pareces tú. ¿ Dónde está tu alegría de vivir.

LOR. – *Siempre* fui amargo.

T'A. – Entonces vaya suerte la que tengo : delante de mí, por fin, Lor Tal Cual, Lor Verdadero, el Igualito...

LOR. – Te estás cachondeando de mí.

T'A. ¿ Acaso tú no te estás cachondeando de mí ? Y este desastre que haces de tu vida...

LOR. - ¡ Basta ya ! Deja mi vida en paz. Tú no sabes nada, nada te he dicho.

T'A. – De la vergüenza que tienes...

LOR. – ¡ Otra vez estamos con la vergüenza ! ¡ Para de una vez con la vergüenza ! A mi padre también sólo se le salía esta palabra de la boca... ¡ Vergüenza de nada de nada ! Mira, si me dejaras el tiempo, si tuvieras la paciencia de escucharme con calma, sin apremiarme ni interrumpirme, te contaría exactamente por qué me fui del pueblo.

T'A. – Bien lo sé : por lo mismo que te está alterando todavía. Escucha lo que dices : « Me fui porque no tenía otra », « Me fui sin plantearme preguntas »... Eso no se llama irse, eso se llama : huir.

LOR. – Vale, de acuerdo : hablemos de este dinero. No lo robé, ¿ de acuerdo ? Se me cayó del cielo, ¿ de acuerdo ?... Puedes asentir con la cabeza todo lo que quieras... No me crees...

T'A. – Así que « cayó del cielo »... Pues, a otros con este cuento, ¿ de acuerdo ?

LOR. – Cualquiera lo hubiera cogido como lo hice. No siento haberlo hecho. Es dinero sucio. Deberías darme las gracias por coger estos billetes y encontrar un buen modo de usarlos... Digo la verdad. Se te puede caer la cabeza...

T'A. – Deja mi cabeza y preocúpate por la tuya que ya no está derecha.

LOR. – ¡ Digo la verdad !

T'A. – Pues dila hasta el final.

LOR. – Voy a cruzar, T'a. Me voy para el otro lado.

T'A. – ¡ Ya lo sabía ! He tenido el pálpito desde el instante en que pronunciaste la palabra « irse ».

LOR. – Cualquier cosa, menos pudrirme en este país. Lo he pensado bien.

T'A. – Es a un coyote a quien te preparas a entregar ese dinero y a eso lo llamas « pensar »...

LOR. – Ya no me « preparo », T'a. Ya le he dado la mitad, la otra mitad para su compañero al llegar...

T'A. – Pero ¿ cómo puedes confiar en gente así ? Vas a ahogarte en el mar. Eso es lo que les pasa a los que quieren cruzar. O morir ahogado en un camión abandonado.

LOR. – Para nada... La mayoría sale adelante, créeme. Con la ayuda de la Providencia, los años venideros me serán más suaves. Y haré que lo disfrutéis Douja y tú... Para ya con la cabeza, que va a terminar cayéndose... ¿ Por qué no me deseas vida larga, felicidad y prosperidad en vez de mirarme con esos ojos de lanzallamas ?

T'A. – No tienes idea de lo que te espera allá... Tendrás que vivir escondido. Mira incluso a los que llevan papeles vigentes, y vuelven en verano cargados de regalos y palabras bonitas ¿ Has observado ya su mirada ? Yo sólo vi en ella desamparo y desilusión. No esperes encontrar un paraíso.

LOR. – ¿ Paraíso ? ¡ Pero si yo no quiero paraíso ! Sólo

quiero alejarme, probar suerte en otra parte. Los de allá lo tienen todo, cuando yo, aquí, no tengo nada.

T'A. – Ya no tendrás país, ni de este lado ni del otro.

LOR. – Me da igual. Mi único país es el sol del día, es el mismo en todas partes. Está donde yo estoy.

T'A. – No, Lor : tu único país es el de tu infancia, de tu pueblo. En otro lugar, siempre estarás en exilio.

LOR. – Ya lo estoy, siempre lo estuve.

T'A. – Arregla cuentas con tu pasado primero.

LOR. – ¿ Quién te dice que no las he arreglado ?

T'A. – Adivina...

LOR. – Está bien, me conozco. Tu-padre-mi-abuelo decía que yo había salido a él. Pensaba lo mismo que tú : que Douja es dichosa, que está despreocupada, regalo del cielo, cosa por la que él le tenía envidia – ese regalo que tampoco tengo yo, y nunca tendré.

T'A. – Eras un niño. Mi-padre-tu-abuelo nunca hubiera debido hablarte así. A veces, las palabras transforman en realidad algo que no existe. ¡ Te transmitió su tristeza y su melancolía con tanta seguridad como si te hubiera hecho una transfusión de su propia sangre !

LOR. – Pero el silencio es mucho más de temer que las palabras : es el silencio el que actúa como un veneno... Sé lo que quisieras : que fuera a ver a mi padre, que me reconciliara con él... ¿ La sigue golpeando ?

T'A. – ¿ Hoy te da por preocuparte de ello ? Eso no te impidió irte, como uno se cierra los ojos, como uno se tapa los oídos...

LOR. – A mí también me golpeaba. ¿ Te has olvidado ?...

T'A. – Entre nosotros, los padres siempre han golpeado a los hijos. Así van las cosas.

LOR. – ¡ Entonces, que viva el desorden !...

T'A. – Espera, ¡ no he dicho que estaba de acuerdo con esta práctica ! Pero no te creas el único en haberlas pasado canutas.

LOR. – ¡ «Así van las cosas» !... Y a ti, ¿ qué futuro te espera en este país ? Déjame adivinar. Podrás lograr tus estudios, pero no aguantarás ni dos años. ¡ Te atraparán, no te creas ! Un matrimonio arreglado, esto es lo que te espera, si bien me conozco a la familia...

T'A. – No te permito que supongas eso.

LOR. – ¡ Te dominará un esposo que te hará un ejército de hijas esperando a un varón ! Así es cómo van las cosas.

T'A. – ¿ Te piensas más listo precisamente por ser varón ?

LOR. – ¡ Qué va ! ¡ Si te estoy diciendo exactamente lo contrario !

T'A. – No importan las palabras, tu actitud las desmiente, ¡ y te escupo a la cara por macho arrogante !... He rechazado la vida que me habían dibujado. Levanté el cielo y las estrellas para sacar esta beca y el derecho a inscribirme en la universidad. Cuando uno quiere, puede cambiar el mundo, en vez de siempre huir de él y de « no tengo otra ».

LOR. – ¡ Así que cambiar el mundo !... Pues yo prefiero cambiarme a mí, conquistar mi libertad. Dejar atrás los años-pueblo, los años-pesadilla.

T'A. – Los años-esto, los años-lo otro... Apenas te ves

con diecisiete años y hablas como un viejo... Te voy a decir lo que encontrarás al otro lado : allá adónde te vas, la gente se queja, ¿ te lo crees ? ; *Se quejan, Lor !* « Lo tienen todo », según dices, pero a mí me dijeron que ; ni intercambian una palabra en los autobuses ! Y cuando se juntan entre amigos en casa, es para lloriquear y compadecerse de sus desgracias... ¿ Cómo puedes imaginar ser feliz allá ?

LOR. - ¡ Ni que nosotros no nos quejáramos ! Si nos estamos pasando el día haciéndolo. ¡ Aquí también es deporte nacional !

T'A. - Si olvidas de dónde vienes, los otros se encargarán de recordártelo, puedes estar seguro. No reniegues de tus orígenes.

LOR. - ¿ Qué orígenes ? El golpeador de mi padre y la inocente de mi madre... Las únicas otras personas que cuentan para mí sois tú, T'a, y tu-padre-mi-abuelo, que murió demasiado pronto.

Lor saca el collar de su bolsillo.

T'A. - El collar de perlas de piedra... ¡ Gracias a Dios lo tienes todavía !

LOR. - Sobre todo gracias a mí... ¿ Qué te creías ? ¿ Que lo había vendido para pagarme el pasaje ?

T'A. - ¡ No me podías dar mayor gusto ! No me atrevía a hablarte de él...

LOR, *alegre*. - Ya lo veo. Me había fijado en que me estabas observando el cuello.

Lor juega con el collar.

T'A. - ¿ Por qué no lo llevas ?

LOR. - Prefiero tenerlo en la mano, acariciar las piedras.

Con los ojos cerrados, sé reconocerlas. Ésta, te puedo decir que es la tortuga... Noté que la gente suele escucharme mejor cuando cuento con el collar entre las manos. Miran rodar las piedras bajo mis dedos. Les ayudan a concentrarse, a adentrarse más en la historia. Y, para ser sincero, prefiero esto a que me planten la mirada en los ojos.

T'A. - ¿ Así que cuentas, como lo hacía mi padre ? ¡ Por fin una noticia feliz ! Dime, ¿ te paga la gente ?

Lor hace un gesto « más o menos ».

T'A. - ¿ Por qué no intentas ganarte la vida así ?

LOR. - Quizás sí la gane.

Un tiempo.

LOR. - Mira las piedras...

T'A. - ¿ Qué quieres decir ?

LOR. - Pues... ¡ cuánto las he usado ! Cuento a mi manera, sabes, desgranándolas entre los dedos. Mira : la cabeza de león...

T'A. - ¡ « Usado », tú, ¡ estas piedras de granito ! Yo siempre he conocido la cabeza de león con esa oreja diminuta. Si sólo posees el collar desde hace tres años. Mi-padre-tu-abuelo se pasó la vida entera usándolas.

LOR. - Quizás tengas razón... Sin embargo, cada piedra es una historia. La cojo y me llegan las palabras. No siempre fue así. Las primeras veces, ¡ ni te imaginas ! Cada perla era una palabra que yo torpemente trataba de memorizar antes de pasar a la siguiente ; luego cada perla me ayudaba a memorizar un conjunto de palabras...

T'A. - Una frase, pues...

LOR. – Venga, primera de la clase del instituto-cuartel, uno dos, ¡ llámame al orden ! Me costó salir adelante. ¡ Tuve que levantar « el cielo y las estrellas » yo también !

T'A. – Te escucha la gente, ¿ verdad ? ¡ Creo que te tengo envidia ! ¿ Les gusta escucharte, dime ?

LOR. – Sí, les gusta. Se ríen, suspiran, a veces, lloran. Y este silencio, cuando aguantan la respiración... Al final, piden por más... Desgraciadamente, la mayoría de las veces, se van olvidándose de pagar, como si estuvieran un poco avergonzados por haberse dejado llevar, sabes, así que ¡ si encima tuvieran que pagar !

Se ríen. Un tiempo. Se observan. Desde un momento ya, Lor ha sacado una ficha de cartulina del bolsillo y parece estar esperando.

T'A. – Sabes lo que me gustaría... Escucharte contar. Venga, no te hagas de rogar...

LOR. – No me hago de rogar. (*Siente júbilo.*) Toma, lee...

Ella lee la ficha que él le tiende.

T'A. – ¡ No lo puedo creer ! ¡ Sabías que te iba a pedir que contaras !

LOR. – Y si no me lo hubieras pedido, yo mismo te lo habría propuesto, ¡ pero sin enseñarte este papel ! (*Se ríe.*) Entonces, siéntate ahora. Ponte cómoda... Hace mucho que espero este momento...

T'A. – Aguarda, Lor, antes de empezar. Es importante. Tengo que decirte algo... Por más que lo quisieras, ya no podrías reconciliarte con tu padre.

LOR. – Quieres decir... ¿ se murió ?

T'A. – No, se...

LOR. - ¿ Qué ?

T'A. - « ¡ Cuidado con las cabezas que no tengan hueso »,
Lor... Tu padre... ¡ se fue !

LOR. - ¿ Se fue ?

T'A. - Sí, ¡ se largó !

LOR. - ¡ Cabrón ! Se fue con una mujer, ¿ verdad ?
¡ Abandonó a Douja !

T'A. - No, no es eso. Cruzó, Lor, exactamente como tú
estás por hacer... Está allá. Y aquí te tengo tan derriba-
do como el Francés del turbante de nuestra infancia...

LOR. - Voy a reponerme, no temas.

Un tiempo.

T'A. - Imagínate : llegas allá y te topas con él : « ¡ El muy
perro de mi hijo ! Como te pille, te parto la cara... »

LOR. - Deja que lo intente...

T'A. - Te pensabas tan distinto de él, ¿ a que sí ? Irte,
para ti, era poner un océano de por medio... Pero no,
los dos tuvisteis la misma idea... ¿ Y si fuera de tu padre
de dónde sacaste tu manía por irte ?

LOR. - No tiene nada que ver. Yo no he esperado a te-
ner cuarenta años.

T'A. - Su discurso es igualito al tuyo : « probar suerte,
« *allá* lo tienen todo ».

LOR. - ¿ Cuándo se fue ?

T'A. - Este verano.

LOR. - ¿ Cómo te enteraste ?

T'A. - Me escribió para que volviera al pueblo. Tenía
una noticia importante que anunciarme. En realidad,

me convocó como tú ahora, con el mismo entusiasmo y sobrentendidos...

LOR. - ¿ Y Douja ?

T'A. - Ella está bien, ya te lo he dicho.

LOR. - ¿ Quién cuida de ella ?

T'A. - Nuestras hermanas. No está triste. La veo tanto cuanto puedo... Ahora, cuenta, me lo has prometido.

LOR. - Si crees que me resulta fácil, tras lo que acabo de oír.

T'A. - Perdóname.

LOR. - Qué va, has hecho bien. Prefiero saberlo.

Un tiempo.

T'A, *al caer en la cuenta de algo*. - Esta biblioteca, ¿ cómo es que tienes su llave ?

LOR. - La he robado.

T'A. - Di la verdad.

LOR. - El bibliotecario me deja prestada su llave.

T'A. - Bien podrías trabajar aquí.

LOR. - Allá, espero encontrar un trabajo en una biblioteca.

Lor saca bruscamente un cuaderno de su bolsillo y lo tiende torpemente a T'a.

LOR. - No quería dártelo tan pronto, pero toma, cógelo. Es un regalo para ti...

T'A. - ¿ Un regalo ?... ¡ Gracias !

Abre el cuaderno y empieza a leerlo.

LOR. - No, T'a, no lo leas delante de mí. Estará lleno de

errores... Sólo son algunos cuentos, sabes. Los escribí así como se me ocurrieron, recordando las historias de tu-padre-mi-abuelo.

T'A. – A menudo pensé que habían desaparecido con él... A veces intenté escribirlas. Tenía la impresión de que lo lograría fácilmente, de que tenía todas las historias en la mente y que sólo me bastaría desenrollarlas... Pero ¡ qué va ! Apenas escribía algunas palabras, las otras se me resbalaban de los dedos como puñado de arena.

LOR. – Hay que relajarse, no temer, confiar en sí.

T'A. – Escritor, ¡ eso es lo que llegarás a ser !

Él vuelve la cabeza.

LOR. – ¡ Para ya !

T'A. – No sé si tengo el derecho de aceptar. Es un regalo demasiado bello. ¿ Al menos, conservaste una copia ?

LOR. – Ni falta que me hace, pues las historias las tengo aquí. *(Se da pequeños golpes en el cráneo.)* Puedo escribirlas cuando me dé la gana. ¡ Y muchas otras más !

T'A. – Ahora te reconozco, Lor. Quizás sea cierto, finalmente : conquistaste tu libertad; Pero me duele ver lo que estás por hacer... *(Enseñando el cuaderno.)* ¿ Lo leyó el bibliotecario ?

LOR. – No, por las cataratas. Yo se lo leí... ¡ Y le gustó !

T'A. – Estoy segura de que a mí también me va a gustar... Pero ahora que lo pienso : yo también he traído un regalo...

Enseña su mochila.

LOR. – ¿ Qué es ?

T'A. - ¿ Eres tan sibarita como hace tres años ?

LOR. - Dulcillas. ¿ Las hiciste tú ?

T'a impide a Lor que busque en su mochila.

T'A. - Cuenta primero, me lo has prometido.

LOR. - Como quieras.

T'A. - Venga, que tú también te mueres por ello...

Se ponen cómodos. Lor desgrana el collar. Se concentra. Su cara se transforma.

LOR, *cogiendo a T'a de la mano.* - Siente mi corazón... Con sólo el pensamiento de contar...

T'A. - ¡ Venga !

LOR. - No me mires a los ojos... Mira sólo mis dedos, mis dedos desgranando las perlas... Voy a decirte la que me sé mejor. Me acuerdo de ti cada vez que la cuento...

« Aquella noche, el niño despertó en medio de un sueño extraño, que olvidó enseguida. Hablaban en la habitación de al lado y el niño se heló al reconocer la voz de su padre.

« A su alrededor, sus hermanos y hermanas menores dormían apaciblemente. Y al otro lado de la cortina, ¿ qué estaba pasando ? Ya no llegaba ningún ruido y parecía que se iba a abrir el suelo... hasta que el abuelo volvió a toser. Aliviado, el niño se relajó y consiguió dormirse otra vez.

« Un águila, un águila de alas inmensas, planea encima del pueblo y viene a posarse en el muro del patio. Y de repente, ya está aquí el águila delante de la cortina del abuelo. Un águila blanca, El águila de la muerte.

« El niño despertó sobresaltado. Sus padres se habían acostado. Esperó largo tiempo la tos del abuelo,

y como ya no oía nada, adivinó que el sueño se había cumplido. Se levantó, pasó por encima de su hermanita dormida, salió al patio. Al este, el cielo clareaba...

« Así fue cómo huyó el niño una mañana, castañeando los dientes y con las piernas flojas, tras hurtar tres galletas y algunas aceitunas en la reserva. Una vez fuera, se puso a correr. Tanto miedo tenía que se pusiera a ladrar un perro, que aún lejos del pueblo seguía corriendo...

« Todo el día, vagabundeó sin rumbo por la sierra. Y al anochecer, se refugió en una cueva donde ya había dormido con su padre, su padre que lo había humillado, afirmando que el olor de su miedo alejaba a las presas y jurando que nunca más lo llevaría a cazar. Aquel día, lo había llamado “la gacela del desierto”, probablemente por sus piernas finas y sus pestañas larguísimas...

« En el silencio de las rocas, el niño, aterrorizado, desgranó sin cesar el collar que su abuelo, demasiado débil para hablar, le había dado unos días antes .»

T'A. – Así que es... esta historia la que cuentas a la gente...

LOR. – ¡ No tan a menudo, no te creas ! Necesito estar en forma para contarla, bastante sólido para dejar a las palabras que escapen de mí y se hagan las palabras de cada uno. Es bien difícil, aún no lo consigo muy bien. Pero tu-padre-mi-abuelo me había avisado.

T'A. – Sigue, Lor, cuenta para mí sola, por favor, estoy saboreando tus palabras, cuéntame la historia del niño...

LOR. – « Al amanecer, despertó. Estiró los miembros y salió de la cueva, asombrado de encontrarse ahí. Se

acordó de su abuelo sin experimentar pena. « Estoy vivo », se decía. Se lo gritó a la montaña, como para desafiarla : « ¡ Estoy vivo ! »

« Entonces, de la misma manera impulsiva con la que se había escapado la víspera, decidió volver hacia su pueblo. Hizo el camino rápidamente, divirtiéndose al cortar los senderos y al correr rocas abajo.

« Lo pegarían por haber huido. Lo pensaba sin temor. Aguantaría los golpes sin gritar. ¿ Quizás su padre se enfurecería aún más ? ¿ Qué importaba ? Se sentía invulnerable : había pasado un día y una noche solo en la sierra, como un príncipe. La gacela del desierto se había metamorfoseado en un mancebo apacible y bravo.

« A media tarde, pudo divisar el pueblo y se detuvo en seco : allá, levantando polvo, los aldeanos caminaban lentamente hacia el pico blanco al que nombraban Hueso de sepia. La pared de roca, vertical y lisa, se erguía en el camino al cementerio. El niño no se sorprendió al ver ese cortejo. Iban a enterrar a su abuelo, envuelto en una sábana blanca.

« Miró a los hombres hasta que desaparecieran detrás del Hueso de sepia. Su cara se había puesto seria, pero las lágrimas no se habían asomado... »

T'A. – Y ahora es cuándo se te empañan los ojos...

LOR. – Lo siento, no está bien... Ya ves : me dejó invadir. No es así cómo se debe contar una historia. El público debe llorar, que no el contador... Crees que lloro por el abuelo, pero no, es... por Riq.

T'A. – ¿ Riq ?

LOR. – El perro. ¿ Te has olvidado de él ?

T'A. – No, lo recuerdo : un perro viejo, amarillo, enfermo,

con ese quiste horrible que colgaba de su costado. Sólo me había olvidado de su nombre.

LOR. – Yo era el único en nombrarlo. Se me acercó gimiendo. Se frotó contra mis piernas. Lo abracé largamente, a pesar del quiste, y del olor que se desprendía de él, de su pelaje plagado de piojos.

Un tiempo.

T'A. – ¿ Qué pasa ? ¿ por qué sonríes ahora ?

LOR. – ¡ El hombre joven en el que me había convertido, T'a ! « El príncipe apacible y bravo »... Pero hablé a este perro como lo hace un niño : « Buen perrito, buen perrito viejo Riq. ¿ Has venido a por mí, cierto ? Ellos te mandaron a por mí. ¿ Y qué es lo que dicen por allá ? Están furiosos de que me haya ido, ¿ verdad ? La gacela se escapó. » Créelo, eres la primera en escuchar este episodio de mi historia que me callo, ese momento de plática ridícula con un can apestoso.

T'A. – No tiene nada de ridículo. Sigue por favor.

LOR. – Los dedos, T'a, mira los dedos que desgranar el collar, que no mis ojos.

« Cuando el niño entró en el pueblo, tomó conciencia repentinamente de su fatiga. Se estaba mareando por el hambre y la sed. El sudor le corría a lo largo de la espalda.

« En la esquina de su casa, se quedó un instante deslumbrado por la desaparición súbita de la luz. Y oyó el canto. Siguió el muro y entró, pero no quiso que lo vieran en el patio. Ya era tarde. Avanzó justo lo suficiente para divisar a las mujeres. Estaban sentadas en el polvo, canturreando El que cruza, el canto fúnebre. Sólo dos o tres de ellas articulaban la letra con claridad :

*Al salir nos dejas
los llantos la pena,
pero el que cruza
nunca más tendrá miedo
nunca más tendrá hambre. »*

T'a canturrea un momento la letra, mientras escucha.

LOR. - « La madre del niño, balanceándose hacia atrás y adelante, mantenía cerrados los ojos, abandonándose por completo a la melodía de ese canto. Las tías y las vecinas estaban ahí. En un rincón del patio, los hermanos y hermanas jugaban tranquilamente a las tabas con sus primos. El niño dio media vuelta. El canto lo perseguía :

*El que cruza
nunca más tendrá miedo
nunca más tendrá hambre.*

« Temió echar un ojo al cuarto de su abuelo. La cortina no estaba cerrada y lo alivió descubrir que todo estaba guardado con esmero. En la reserva, el niño bebió largamente de la jarra que colgaba del madero y comió con avidez una tortilla de trigo sarraceno y uno de aquellos quesos de cabra secos y picantes.

« Fuera, su cuerpo se cubrió de sudor al instante. Tuvo que respaldarse contra el muro para no caerse. La letra del canto lo mareaban, era como si se hubiera inventado especialmente para él :

*Al salir nos dejas
los llantos la pena...*

« Pero he vuelto, murmuraba el niño al que nadie oía. He vuelto. »

Se calla.

T'A, *en voz muy baja*. - ¿ Cómo hacíamos para quedarnos tanto tiempo en pleno sol ? La melodía cautivadora parecía de nunca acabar.

LOR. - « Entonces el niño quiso acordarse de su padre y de sus tíos que iban a volver del cementerio. A ellos era a quienes se mostraría primero, así lo había decidido. No debía escuchar más a las mujeres. Tenía que rifarse de la belleza de su canto.

« Le costó recorrer la centena de metros que lo separaba del Hueso de sepia. Hizo una pausa al pie de la inmensa roca, le faltaba el coraje de seguir camino al cementerio. Imaginó la tumba de su abuelo señalada como las demás con una jarra de barro. Iría más tarde, iría, otro día.»

Nunca fui.

« El niño se sentó en el suelo. Cerró los ojos y no se durmió. Nada podía pasar, ni el sueño siquiera. No pasaría nunca nada.

Un tiempo.

LOR. - ¿ Y Riq ? ¿ Dónde se había metido el viejo perro ?... » Ya no puedo contar, T'a, ayúdame, tú conoces la continuación.

Le tiende el collar que acepta tras vacilar.

T'A. - « Como cada noche, el sol desapareció detrás de la montaña y el Hueso de sepia extendió su sombra en el pueblo. Siempre es un momento desgarrador, ¿ no ? Supongo que habrás tenido frío y te enderezaste, ahí mismo donde te encontré. »

Lor se estremece, y barre estas últimas palabras con un gesto.

LOR. - A mí no, T'a. ¡ Al niño, al niño ! Y cuentas demasiado

rápido. Acuérdate : los hombres por un lado con su música, las mujeres por el otro, entre las que te encontrabas...

T'A. - « ¡ Estaban volviendo los hombres ! Algunos iban montados en burros, otros se apartaban del grupo para andar para atrás delante de sus compañeros agitando cascabeles... »

LOR. - Cencerros, T'a. A mí me gusta más decir « cencerros »

T'A. - «... agitando cencerros. El niño pareció encojarse, agarrotado en una actitud de defensa. Llevó la mano a su cuello para apretar las perlas de su collar. Giró la mirada hacia el pueblo donde luces iban brotando. Las primeras mujeres en llevar velas se acercaban. Llevaban puestos los velos, y sólo las más ancianas se habían quedado con los niños. »

LOR. - Es cierto que apreté las piedras. Tenía la esperanza secreta de que eran mágicas y me transportarían donde mis hermanos y hermanas...

T'A. - Entonces cerraste los ojos y te quedaste ahí, inmóvil, abandonado al clamor, a la música, hasta que una voz te habló al oído y te dijo : « Bendito sea Dios, has vuelto. Que la paz te acompañe .»

LOR. - Eras tú, T'a. Me hablaste con dulzura. Y Douja no estaba lejos, sonriéndome, sin percatarse siquiera de que yo había huido. No pude responder a su sonrisa, pero tanto me hubiera gustado acurrucarme entre sus brazos en aquel instante.

T'A, *confusa*. - Lor, hace un rato, me has avisado : « Prométeme que no te vas a enfadar... » Ahora me toca a mí, antes de hacerte esta confidencia : « en aquel

instante », de mi boca sólo salieron palabras de cortesía, permaneciendo mi corazón seco como un cardo.

LOR. – No entiendo.

T'A. – Lor, uno siempre se cree el único en amar, en sufrir, el único en deber ajustar cuentas con su pasado... ¿ Crees que eras el único, aquel día, emocionado por la muerte de mi-padre-tu-abuelo ?

LOR. – Ya lo ves : ¡ llantos, pena !

T'A. – ¡ Pues precisamente no ! ¡ Ni rastro de llantos, Lor, ni rastro de pena !... Mi padre te había regalado ese collar y tú lo habías aceptado.

LOR. – ¡ Pero si yo no podía negarme ! Él iba a morir y...

T'A. – Lo sé. Ya no te guardo rencor, hoy... La pena me llegó algunos días después, al caer mi cólera y al medir el vacío que dejaba la muerte de papá.

LOR. – Yo...

T'A. – Eras el preferido entre sus nietos. Siempre te tuvo consideración.

LOR. – Entendió que yo no saldría adelante solo, con los padres que tenía. Bueno, ves lo que quiero decir, no te hablo de Douja, que no tiene ninguna culpa... Así es cómo veo las cosas : tu-padre-mi-abuelo me ayudó ; sobre todo me quiso...

T'A. – Como al hijo que hubiera deseado...

LOR. – También te quiso a ti, T'a.

Ella se ríe.

T'A. – Eres mono, pero no muy convincente... No, Lor. Mi padre no me quiso. Yo no era más que una niña entre otras en el paisaje. Mira que tampoco me odió,

como pudo hacer tu padre contigo. Vete tú a saber si yo no hubiera preferido eso...

LOR, acerbo. – ¿Hubieras preferido los golpes ?

T'A. – Cualquier cosa menos la indiferencia.

LOR. – En el pueblo, las niñas no tienen el mismo valor que los niños, « así van las cosas... » ... Pero no puedo estar resentido para con él. Tanto me enseñó.

T'A. – Ya no te lo reprocho, Lor.

LOR. – Nunca me lo reprochaste.

T'A. – ¡ Oh, tú no estabas cuando yo te malmecía ! En los días que siguieron tu partida, estaba enfurecida.

LOR. – ¿ Decías que me habías buscado por la sierra ?

T'A. – ¿ Y qué ? Loca de inquietud y loca de ira... Intenté entender lo que te había empujado a irte. Debería decir a irte de nuevo... Y llegué a pensar que mi-padre-tu-abuelo te condenaba a irte.

LOR. – Así es, T'a, y no hubiera sabido decirlo, ni pensarlo siquiera, tan sencillamente. Déjame terminar de contar... La muchedumbre era densa. No quise seguirte por donde intentabas llevarme.

T'A. – Quería protegerte de tu padre... Había afirmado que te mataría.

LOR. – ¡ Mi sitio estaba entre los hombres ! El Hueso de sepia repercutía los cantos, los gritos. El ritmo de los tambores se iba acelerando. Todos cantaban y bailaban, y canté y bailé con todos ellos. Experimenté una embriaguez extraordinaria. Por primera y única vez en mi vida, formaba parte de un grupo. Miré a mi padre a distancia, quien me miró también. No bajé los ojos. ¿ Era una sonrisa amenazante en sus labios, o una

mueca descontrolada que se le ponía al bailar ?... Y entonces surgió Riq. Aturdido, asustado, pobre perro viejo traído a patadas hasta el centro de nuestro grupo. Formamos un círculo a su alrededor. ¡ Cedan el sitio al perro pelado ! Y todo parecía tan evidente. Yo bailaba y cantaba y reía con los demás, alrededor del perro que dirigía el baile, llevándonos a todos, *llanto, pena*, pobre perro Riq enloquecido, que giraba, giraba sin cesar sobre sí mismo.

Me quedé helado cuando mi padre le golpeó de repente, con una patada ajustada, tremendamente precisa, en pleno hocico. Creí que mi propia cabeza estallaba. El perro se tumbó, ofreciendo su vientre, en una irrisoria actitud de sumisión. Alguien le tiró una piedra, y todos se rieron cuando el perro se tensó en el polvo...

Dejé de bailar y reír. Una voz interior que se parecía a la de mi abuelo me arrancó a mi estupor para decirme : « Lárgate, ya ves que tu sitio no es éste. » Bruscamente, dejé de ser parte de este pueblo, entiendes, era necesario que me salve, que salve mi vida.

T'A. – Y, de una vez por todas entonces, te fuiste.

LOR. – No, T'a. Mañana es cuándo me voy *de una vez por todas*.

Un largo tiempo.

T'A. – Date tiempo. No decidas nada con prisas.

T'a se pone a reír de los nervios.

LOR. – ¿ Qué ? ¿ Qué te hace gracia ahora ?

T'A. – Otra vez pienso en lo mismo : si contaras *allá* esta historia como acabas de hacerlo y diera la casualidad de que tu padre estuviera en el público...

LOR. – Para, T'a. A mí no me hace gracia. (*Sin embargo, se ríe, al recordar*) ¡ La última paliza que quiso darme le salió mal ! Estaba corriendo detrás de mí y casi me había atrapado, pero quiso golpearme tan fuerte que, con la prisa, dio contra la arista del muro del patio. Si lo hubieras oído berrear... ¡ Yo sentía júbilo !

T'A, *riendo*. – He aquí la verdadera razón de tu partida : ¡ quisiste quedarte en esta victoria !

Un tiempo.

LOR. – No va a tardar el bibliotecario. Le voy a devolver la llave y despedirme. Darle las gracias sobre todo... Anda, escucha : « La vida es una mesa esmeradamente puesta, los invitados son nuestros familiares, seres queridos, parientes, buenos amigos. El plato que nos tienden... »

T'A, *poniéndole la mano en la boca y siguiendo*. – « ... El plato que nos tienden es nuestro plato favorito, de temperatura perfecta, de cocción ideal. Damos cuenta de él con apetito, pero nuestra sonrisa se transforma interiormente en una mueca. Y mientras los demás saborean y disfrutan lanzándonos miradas de complicidad, y “mmm” de contento... »

T'A. Y LOR, *juntos*. – « ... fingimos que nos encanta como a ellos. ¿ Cómo no ? Nadie nos da el paripé, el plato está realmente bueno. La amargura que estropea nuestro placer no proviene de la comida sino de nuestra misma boca. »

LOR. – ¡ Tú también conoces esto !...

T'A. – Es probable que lo oyera antes que tú, ¿ qué te crees ?

LOR. – Cuentas bien, hablas justo.

T'A. – Pero fue a ti a quién mi padre transmitió el collar...

Quiere devolverle el collar. Él se niega con un gesto.

T'A. – ¡ Venga, no te hagas el tonto !

A la fuerza le pone el collar en la mano.

T'A. – Esta copla sobre la amargura, sí que la he oído... Mi-padre-tu-abuelo se la regalaba al Francés del turbante.

LOR. – Otra vez estamos con el caminante del desierto, al que cada primavera volvíamos a ver, con la piel enrojecida que le pelaba en la nariz...

T'A. – Le encantaba este... ¿ cómo solía decir ? Este « apólogo de la amargura ». Cada año pedía que se lo recitara. Solía decir que los Franceses eran aficionados a este tipo de historias breves y edificantes y desesperantes... Pero basta ya de amargura, Lor. La vida también sabe ser dulce y alegre... ¡ Las dulcillas ! ¡ Me olvidaba de las dulcillas !

Ella abre su pequeña mochila, y saca una bolsita que envuelve un trapo que envuelve un plato de repostería. Él husmea el paquete.

LOR. – Huelen bien...

T'A. – No las hice yo.

LOR. – ¿ Y eso ?

T'A. – Acuérdate de lo que decían en el pueblo : la reina de las dulcillas...

Lor se emociona.

T'A. – Ella vive conmigo, Lor... No me guardes rencor.

No pude decírtelo de buenas a primeras. Hasta sospeché que ya lo sabías por Amel...

LOR. – No, vaya un inútil, éste... ¿ La cogiste en casa cuando se fue mi padre, cierto ? Por eso te convocó al pueblo. Ya me parecía raro... Hiciste bien, T'a. Hiciste muy bien...

Un tiempo.

LOR. – Quizás... lo más sencillo... Podría... No, no sirve de nada, voy a irme, T'a. Pero volveré, te lo prometo, en cuanto pueda.

T'A. – Te queda una parte del dinero. Devuélvela, te daré lo que falte. Tengo dinero guardado. Tu padre nos hizo una transferencia.

LOR. – ¿ Verdad ? ¡ Hizo una transferencia ! Está bien, está bien.

Un tiempo.

LOR. – ¿ No le has dicho que me habías encontrado ?

T'A. – No, he preferido...

LOR. – Has hecho bien.

T'A. – Primero, quería darme cuenta, conocer tu situación... Y no quiero imponerte nada. Ni a Douja tampoco.

LOR. – No me estás imponiendo nada. Hago lo que quiero.

Un tiempo.

LOR. – ¿ Y para qué volver a verla ? Si me voy mañana.

T'A. – Tómate el tiempo de pensarlo, Lor. No vayas a arriesgar la vida con esos coyotes de malamuerte. Quédate, te lo ruego. Ayúdame a cambiar el orden de las cosas... No me digas que no.

LOR. – No te digo que sí.

T'A. – Venga, prueba una dulcilla. ¡ Basta de amargura !

LOR. – Tienes razón... (*Coge una dulcilla.*) ¡ Brindo por nuestro reencuentro ! ¡ Por Douja !... Volveré, T'a. Volveré...